AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 17.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Abanico de encage.— Dibujo en tamaño natural para ejecutar el abanico.— Alfabeto mayúsculo.—Alfabeto minúsculo. — Canastillo de cuentas, tamaño reducido. — El homicida.—Explicacion del grabado de modas.—Las hijas de la mar. — A oscuras. — Las dos perlas.— De los globos aereostáticos.—Figurin iluminado. — Problema de ajedrez.

ABANICO DE ENGAGE.

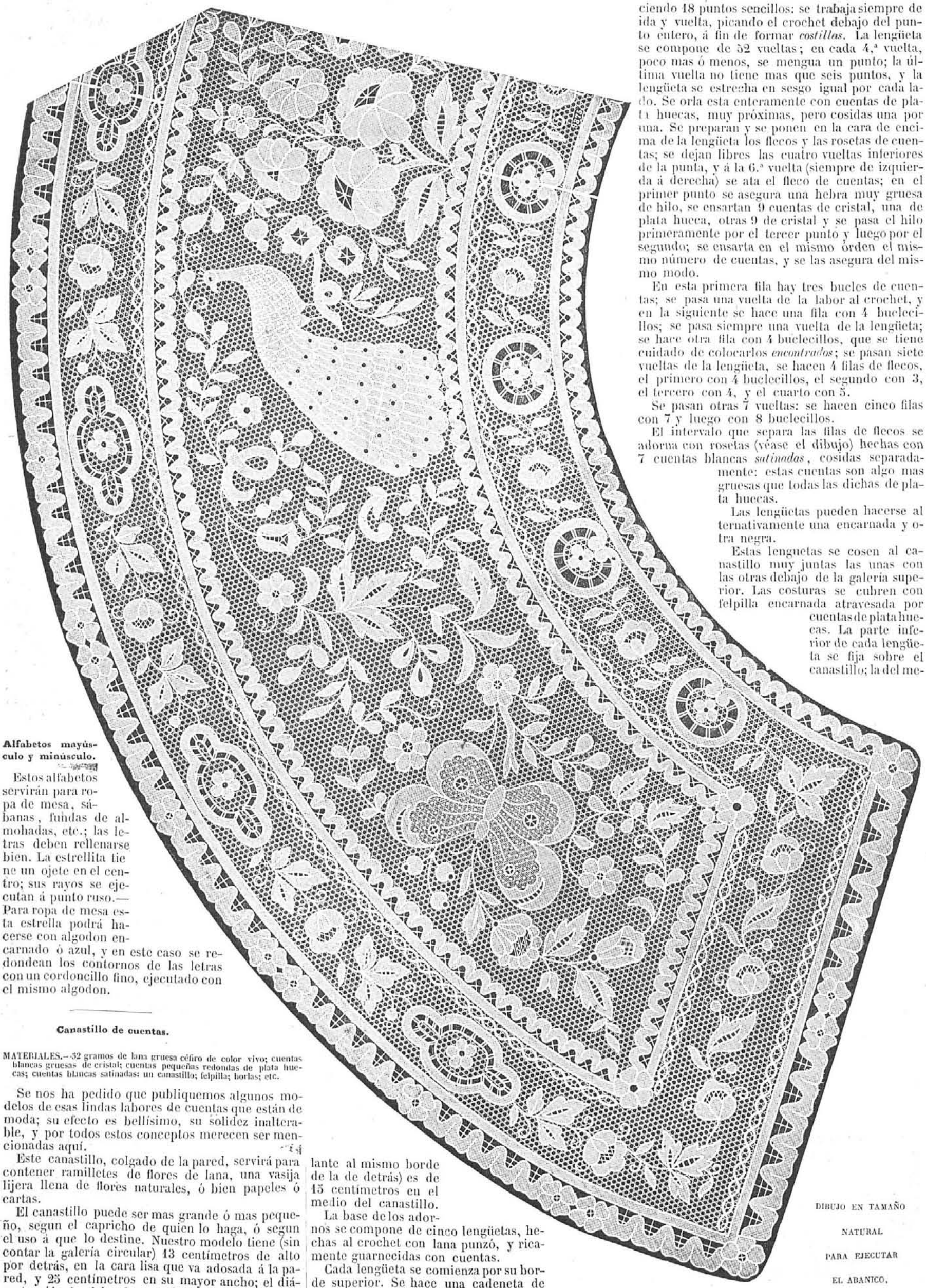
Abanico de encage.

Los abanicos de encage blanco ó negro *están de moda*, y sus precios son bastante altos para que creamos hacer un servicio á nuestras lectoras enseñándolas á ejecutar por sí mismas un abanico de estos. Los de encage negro sirven para lutos, así como para suarés y teatros; son de mas lujo cuando se hacen de encage blanco.

Se buscará tul muy flexible y de la mejor calidad, sobre el cual se trazarán los contornos del dibujo con hilo muy fino. El interior de estos contornos se rellenará empleando hilo torcido muy fino del n.° 200. Los puntos de encage (véase los dibujos números 1 y 2) indican el procedimiento que hay que seguir para *rellenar*. El n.° 1 representa en tul, aumentado de propósito, una especie de punto de zurcido. Se atraviesa el tul con la hebra al sesgo, evitando el estirarla, y tambien el dejarla demasiado floja; se toma uno de los hilos de tul solo en el extremo de cada línea (véase la *mayor parte del punto* n.° 1, en la cual no se han cruzado todavía las líneas ¿en sentido opuesto), luego se cruzan estas líneas, procediendo primero de izquierda á derecha, de modo que la hebra atraviese al sesgo por cima de un vacío *del tul del lado derecho superior, despues se pasa, siempre al sesgo, por* bajo del vacío siguiente colocado debajo del anterior. Despues de haber hecho de este modo una fila de estas especies de medias cruces sin pasar un solo vacío de tul, se vuelve sobre esta fila de derecha á izquierda para completar la cruz y atravesar por cima de la hebra colocada debajo del vacío, y luego por debajo de la hebra colocada encima del vacío. Este segundo punto, mas apretado, servirá para las partes mas mates ó tupidas del dibujo (como el pájaro ó la mariposa). Si se quiere variar la labor se puede recurrir á los puntos de encage publicados en años anteriores.

El abanico se forra con crespon de color delicado. Esta labor imita perfectamente el punto de Alenzon, y constituye un lindo regalo para una novia. Se arma el abanico sobre marfil y madera calada.

© Biblioteca Nacional de España



DIBUJO EN TAMAÑO NATURAL PARA EJECUTAR EL ABANICO.

Alfabetos mayúsculo y minúsculo.

Estos alfabetos servirán para ropa de mesa, sábanas, fundas de almohadas, etc.; las letras deben rellenarse bien. La estrellita tiene un ojete en el centro; sus rayos se ejecutan á punto ruso.—Para ropa de mesa esta estrella podrá hacerse con algodon encarnado ó azul, y en este caso se redondean los contornos de las letras con un cordoncillo fino, ejecutado con el mismo algodon.

Canastillo de cuentas.

MATERIALES.—32 gramos de lana gruesa céfiro de color vivo; cuentas blancas gruesas de cristal; cuentas pequeñas redondas de plata huecas; cuentas blancas satinadas: un canastillo; felpilla; borlas; etc.

Se nos ha pedido que publiquemos algunos modelos de esas lindas labores de cuentas que están de moda; su efecto es bellísimo, su solidez inalterable, y por todos estos conceptos merecen ser mencionadas aquí.

Este canastillo, colgado de la pared, servirá para contener ramilletes de flores de lana, una vasija lijera llena de flores naturales, ó bien papeles ó cartas.

El canastillo puede ser mas grande ó mas pequeño, segun el capricho de quien lo haga, ó segun el uso á que lo destine. Nuestro modelo tiene (sin contar la galería circular) 13 centímetros de alto por detrás, en la cara lisa que va adosada á la pared, y 25 centímetros en su mayor ancho; el diámetro (desde el borde superior de la cara de delante al mismo borde de la de detrás) es de 15 centímetros en el medio del canastillo.

La base de los adornos se compone de cinco lengüetas, hechas al crochet con lana punzó, y ricamente guarnecidas con cuentas.

Cada lengüeta se comienza por su borde superior. Se hace una cadeneta de 19 puntos, sobre la cual se vuelve haciendo 18 puntos sencillos: se trabaja siempre de ida y vuelta, picando el crochet debajo del punto entero, á fin de formar *costillas*. La lengüeta se compone de 32 vueltas; en cada 4.ª vuelta, poco mas ó menos, se mengua un punto; la última vuelta no tiene mas que seis puntos, y la lengüeta se estrecha en sesgo igual por cada lado. Se orla esta enteramente con cuentas de plata huecas, muy próximas, pero cosidas una por una. Se preparan y se ponen en la cara de encima de la lengüeta los flecos y las rosetas de cuentas; se dejan libres las cuatro vueltas inferiores de la punta, y á la 6.ª vuelta (siempre de izquierda á derecha) se ata el fleco de cuentas; en el primer punto se asegura una hebra muy gruesa de hilo, se ensartan 9 cuentas de cristal, una de plata hueca, otras 9 de cristal y se pasa el hilo primeramente por el tercer punto y luego por el segundo; se ensarta en el mismo órden el mismo número de cuentas, y se las asegura del mismo modo.

En esta primera fila hay tres bucles de cuentas; se pasa una vuelta de la labor al crochet, y en la siguiente se hace una fila con 4 buclecillos; se pasa siempre una vuelta de la lengüeta; se hace otra fila con 4 buclecillos, que se tiene cuidado de colocarlos *encontrados*; se pasan siete vueltas de la lengüeta, se hacen 4 filas de flecos, el primero con 4 buclecillos, el segundo con 3, el tercero con 4, y el cuarto con 5.

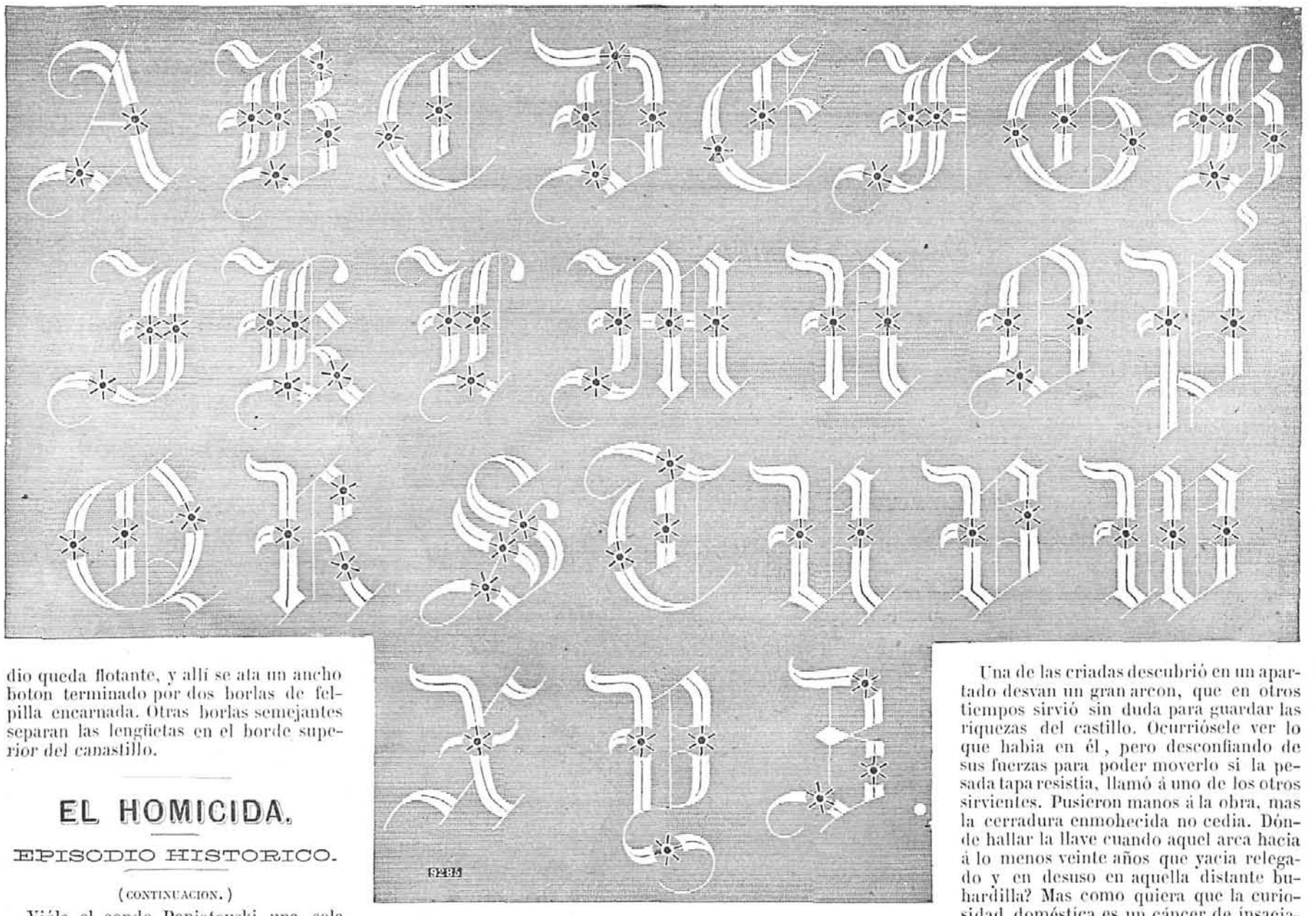
Se pasan otras 7 vueltas: se hacen cinco filas con 7 y luego con 8 buclecillos.

El intervalo que separa las filas de flecos se adorna con rosetas (véase el dibujo) hechas con 7 cuentas blancas *satinadas*, cosidas separadamente: estas cuentas son algo mas gruesas que todas las dichas de plata huecas.

Las lengüetas pueden hacerse alternativamente una encarnada y otra negra.

Estas lenguetas se cosen al canastillo muy juntas las unas con las otras debajo de la galería superior. Las costuras se cubren con felpilla encarnada atravesada por cuentas de plata huecas. La parte inferior de cada lengüeta se fija sobre el canastillo; la del me-

© Biblioteca Nacional de España



9285

ALFABETO MAYÚSCULO.

dio queda flotante, y allí se ata un ancho boton terminado por dos borlas de felpilla encarnada. Otras borlas semejantes separan las lengüetas en el borde superior del canastillo.

EL HOMICIDA.

EPISODIO HISTORICO.

(CONTINUACION.)

Vióla el conde Poniatouski una sola vez en un baile de embajada á que asistió Astolfo por etiqueta en Viena, y prendado de su mérito, acudió al castillo de Stalchid á pedirla por esposa á su padre.

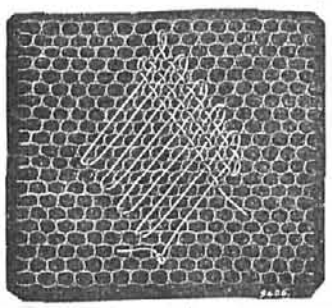
Experimentó el Baron cierta impresion desagradable al avistarse con aquel personaje, y aunque en los velados ojos de éste habia algo de siniestro, eran sus palabras *tan persuasivas*, y *sus maneras* tan distinguidas, que el buen Astolfo quedó pronto predispuesto en su favor.

El alma elevada de Armanda, segregada de todo amor vulgar, dedicada exclusivamente á la ternura filial, veia deslizar apaciblemente los hermosos dias de la primera juventud sin que ningun otro afecto alterase la pensadora indiferencia de su vida.

La primera vez que sus ojos se encontraron con los de Poniatouski, experimentó un indefinible extremecimiento que su recto juicio no osó clasificar. Figurábase á veces que por la primera vez de su vida un sentimiento de amor penetraba en su corazon. Mas creyendo sentir en esta impresion un desconocido malestar, acabó por despojar en su concepto al amor de los inefables goces que sus adeptos le atribuyen.

Lisonjeado algun tanto su femenil orgullo viéndose objeto de una pasion tan rápida en sus afectos, no se atrevió á desairar la amante solicitud de su mano, que el aristocrático Poniatouski acababa de hacer á su padre.

Aceptada, pues, la ansiosa demanda del amante, todo cambió de aspecto en el melancólico castillo de Stalchid. Deseaba el conde apresurar los aprestos de su enlace para trasladarse con su bellísima desposada á sus estados de Polonia; pero Armanda no convino en este acuerdo hasta haber obtenido que la acompañase su padre, sin cuya *vista no* comprendia una completa felicidad.



N.º 1.—PUNTO DE ENCAGE PARA LA EJECUCION DEL ABANICO.

El espléndido Poniatouski deseaba que sus bodas se efectuasen con fausto y ostentacion; sus liberalidades le habian ganado las simpatías de casi todos los habitantes del distrito. Solo el honrado Frank, guarda-bosque del castillo, no experimentaba hácia el conde del sentimiento general. Mirábalo con cierta especie de estupor, y movia tristemente la cabeza cuando le veia *inclinarse cortesmente* delante de su prometida y besar sus manos con transporte. Varias veces habia intentado el buen Frank hablar á su jóven señora algo relativo sin duda al que debia ser su esposo. Su natural cortedad y cierta duda que no podia vencer, impidieron siempre al guarda-bosque llevar á cabo su deseo.

Un dia se atravesó en el camino que seguia Poniatouski por el parque, cruzándose de brazos ante él. Mirólo el conde con repentina sorpresa, difundióse una mate palidez en todas sus facciones, mas componiendo bien pronto su semblante, dirigió á Frank una despreciativa mirada y siguió indiferente su camino.

Dos dias despues el infortunado guarda-bosque, fué hallado casi espirante, atravesado su pecho por dos estocadas, por unos leñadores que cruzaban el bosque. Este acontecimiento afectó tristemente al Baron, esparciendo la alarma en todos los habitantes del castillo. El herido fué trasladado á la inmediata aldea donde tenia su familia, y poco á poco no hallando en qué fundar las conjeturas, restableciése la tranquilidad en el palacio y la feliz pareja vió con alegria firmarse los contratos que enlazaban sus destinos.

II.

EL DEDO DE DIOS.

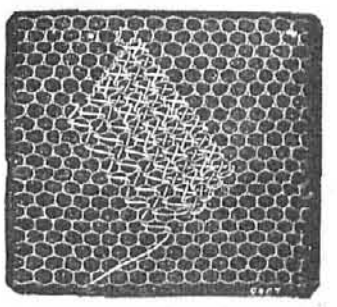
Digimos en el principio de esta verídica historia, que magníficos aprestos se disponian en el castillo de Stalchid: una alegre confusion reinaba entre la servidumbre. La ceremonia nupcial estaba aplazada á ocho dias á contar desde aquel en que empieza nuestro relato. Por esta razon abrianse los antiguos aposentos del edificio, porque todo él habia de sufrir una reforma. Vetustos escaparates, macizos armarios que encerraban los antiguos tapices de la familia ofrecian cuanto la ansiosa novelería de los criados deseaba para sus preparativos.

Una de las criadas descubrió en un apartado desvan un gran arcon, que en otros tiempos sirvió sin duda para guardar las riquezas del castillo. Ocurriósele ver lo que habia en él, pero desconfiando de sus fuerzas para poder moverlo si la pesada tapa resistia, llamó á uno de los otros sirvientes. Pusieron manos á la obra, mas la cerradura enmohecida no cedia. Dónde hallar la llave cuando aquel arca hacia á lo menos veinte años que yacia relegado y en desuso en aquella distante buhardilla? Mas como quiera que la curiosidad doméstica es un cáncer de insaciable comezon, nada omitieron los domésticos por satisfacer su anhelante ansiedad.

Despues de hacer inauditos esfuerzos para abrir el arcon, probando cuantas llaves pudieron haber á las manos, en un desesperado esfuerzo que intentaron conocieron que estaba abierto; solo que el hierro de que la tapa estaba forrada, lleno de *orin, tenia como calafateada la cerradura*. Un grito de gozo lanzaron los dos audaces criados al ver la tapa algun tanto separada de la caja; pero á este grito le siguió otro de estupor... Por aquella abertura se escapaba una corrupta exhalacion.

Entonces se miraron los dos emprendedores criados con irresoluto ademan, siéndoles forzoso renunciar á su tarea; tan penetrante era el olor que salia del arca. No tardaron en tomar su partido y salieron dando voces al resto de la servidumbre. En un instante aquel aislado y olvidado desvan que los habitantes del castillo habian desdeñado por tantos años, se vió lleno de curiosos; pero cosa estraña: ninguno de ellos osaba llegar al entreabierto arcon, por mas que los espolease su creciente curiosidad. Congeturas y suposiciones se propagaron sin cuento: ninguno atinaba con la causa de aquel fenómeno, y resolvieron unánimes dar parte á su señor de aquella singularidad, por mas que les pesase demostrar su oficiosa curiosidad: todos rehusaron llevar el mensage, y por último decidióse la primera que intentó la empresa.

Hallábase reunida la familia en el salon de recibo, con motivo de haber llegado el Bailio del Distrito á procurarse algunas aclaraciones relativas al asesinato cometido en la persona del honrado Frank. — Levantó la criada la cortina del salon, y viendo á persona extraña, permaneció vacilando en el mismo lugar: en cualquier otro momento, *su presencia no* hubiese llamado la atencion de los señores: pero bastóle á Armanda una mirada para comprender en el agitado semblante de la sirvienta que o-



N.º 2.—PUNTO DE ENCAGE PARA LA EJECUCION DEL ABANICO.

© Biblioteca Nacional de España

curria algo inusitado.

—¿Qué hay? le dijo llegándose á ella con solicitud.

—Es, señorita... que vos no podeis entrar allí.

—Cómo? dónde? de qué hablas?

—Pero ved, señora, que entré por casualidad... y...

—No comprendo, explícate.

Este lijero altercado, detrás de la cortina de la entrada, atrajo por último la atencion de Astolfo, que pedida la venia á su visitante, salió á informarse de lo ocurrido. Algunos instantes pasaron antes que el Baron y su hija pudiesen comprender de qué se trataba. Al principio oyó con indiferencia Astolfo el relato de la criada: mas sus alteradas facciones lo impresionaron por último, y rogando á su hija que volviese al recibimiento, no tardó en llegar al sitio en que se hallaban reunidos los demás criados á la puerta del desvan.

Enterado por ellos del motivo de su asombro, cogió con mano segura el pestillo de la tapa del arca, que cediendo de golpe dejó caer á los piés del Baron un lijero objeto metálico, que tomó y guardó en su mano: era una sortija aplastada entre la cerradura del arcon.

Un nauseabundo y sofocante olor invadió el reducido aposento de tal suerte que el Baron y los que le acompañaban tuvieron á bien hacerse atrás.

—No llevcis á mal que intervenga en lo que ocurre, dijo á este tiempo el bailío, que informado por Armanda de la sorpresa de la criada, pidió á la jóven la guiase á aquel lugar.

—En mi calidad de magistrado tal vez no sea inútil mi presencia.

Astolfo le mostró por toda respuesta el arcon, y el digno hombre, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se acercó á mirar el interior.

—Es un esqueleto!... exclamó dando un paso atrás.

—Un esqueleto!! gritaron consternados los circunstantes. Un momento de solemne silencio se siguió.

El Baron se sintió desfallecer! su corazon latía con violencia queriendo hacerse inteligible á su razon. Sus atropelladas ideas querian presentarle con violenta rapidez el conjunto de un espantoso drama. Armanda cayó al suelo desvanecida y fué preciso alejarla de aquella repugnante escena.

Poco á poco los ánimos se serenaron. La autoridad del bailío restableció el órden y cesaron las divergentes congeturas.

Se extrajo el cadáver del arca, y aunque en un estado de completa destruccion, conocíase por los restos del ropage y por las dimensiones del esqueleto, que era de una mujer!

Horror! Una súbita luz pasó del corazon al entendimiento del Baron.

—Mi hija! mi Etelvina! la perdida lumbrera de mi vida!

Este grito lanzado por el torturado corazon del anciano, sobrecogió de espanto á los circunstantes, y por algunos momentos reinó un respetuoso silencio.

Luego, el que allí representaba la autoridad, aconsejó al desolado Astolfo con bondadosas palabras, que se retirase por algun tiempo, pues su presencia en aquel lugar paralizaria necesariamente la actividad que debia desplegarse en aquel acontecimiento inaudito.

Convino el Baron en salir, y puso en manos del bailío la aplastada sortija que cayó al abrir el arcon. Despues de examinarla esta con prolija atencion, descubrió una verdadera piedra cuadrilonga, en forma de sello, en la que se distinguia un casco con yelmo, y las iniciales N. y P. Era evidente que al perpetrarse aquel crimen, no hallándose en aquel acto llave en la cerradura del arca, dejaron caer la tapa con pujanza sobre aquel anillo, supliendo aquel estorbo de seguridad.

Un incidente acaecido pocas horas despues en el castillo, vino á esparcir alguna luz para el desenlace de aquel oscuro drama.

El viejo Frank, restablecido casi milagrosamente de sus peligrosas heridas, usando de sus primeras fuerzas, llegóse al castillo ansioso por hablar al Baron. No se hallaba éste en estado de poder escucharlo, y en su defecto acudió solícito al bailío, quien no tardó, con la sagacidad propia de su clase, en posesionarse de conducentes datos para la averiguacion que deseaba.

Informóse apenas concluyó su interesante interrogatorio, de si se hallaba en el castillo el noble conde Poniatouski. Este habia salido á caballo al amanecer á una de sus frecuentes escursiones por las inmediatas cordilleras del Júra.

No tardó el previsor bailío en hacer llegar alguna fuerza armada al castillo de Stalchid, dando especiales órdenes á todos sus habitantes de conservar cierta quietud y compostura al arribo del noble caballero.

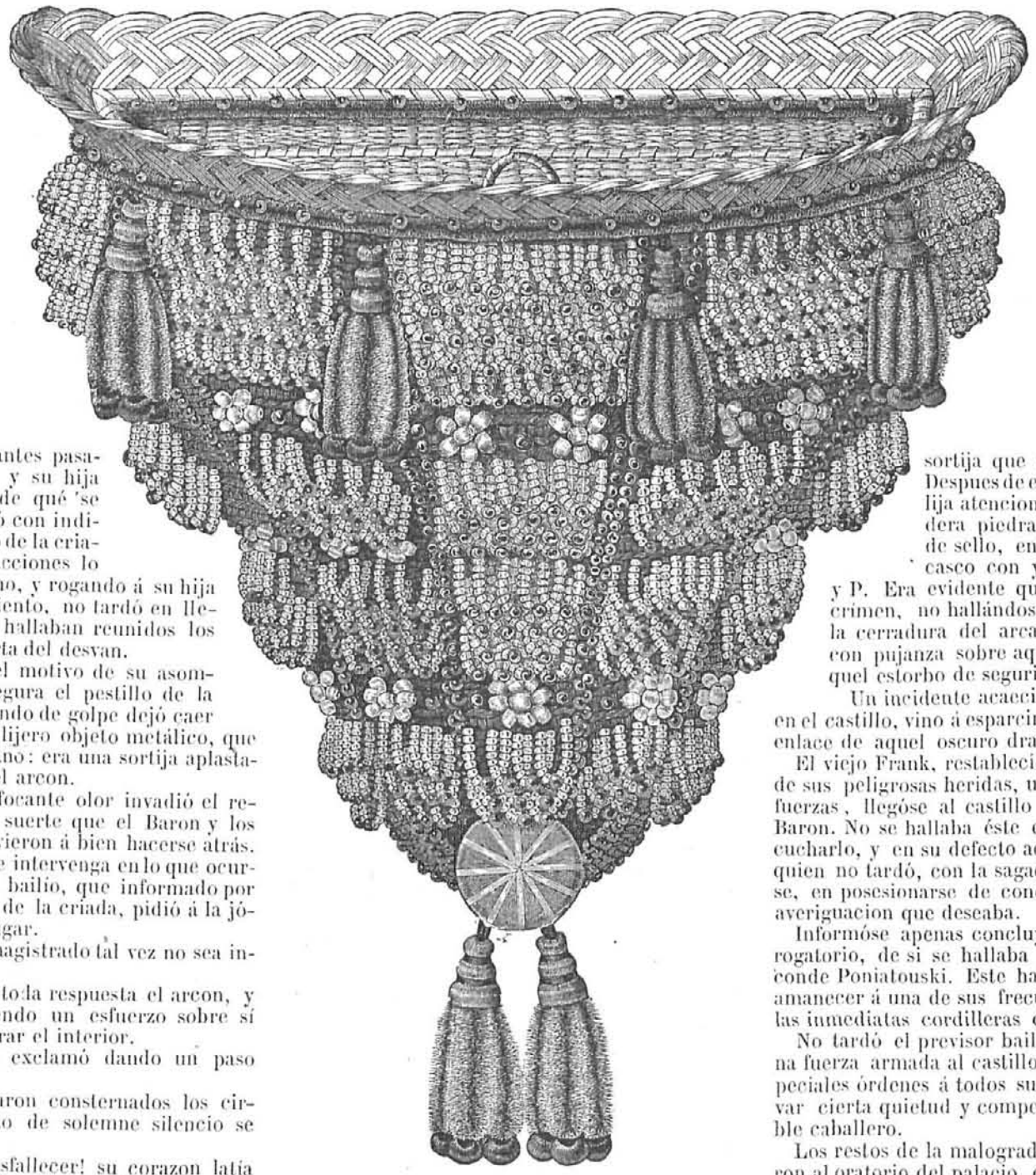
Los restos de la malograda Etelvina se trasladaron al oratorio del palacio, donde varios deudos del Baron, en riguroso luto, velaban á la luz de resplandecientes hachas, las cenizas del tronchado vástago primero de Stalchid.

Era de noche: las pisadas de un orgulloso palafren chispeaban sobre los pedernales de la avenida del castillo. Dos criados salieron como de costumbre á sujetar el estribo del conde Poniatouski:

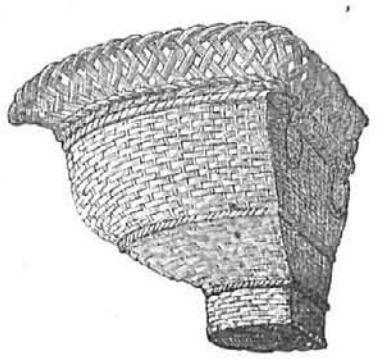
—Qué hay? preguntó con cierto énfasis á los que se apoderaron de su cabalgadura.

—Nada, señor: dijeron los mozos con mal finjida serenidad.

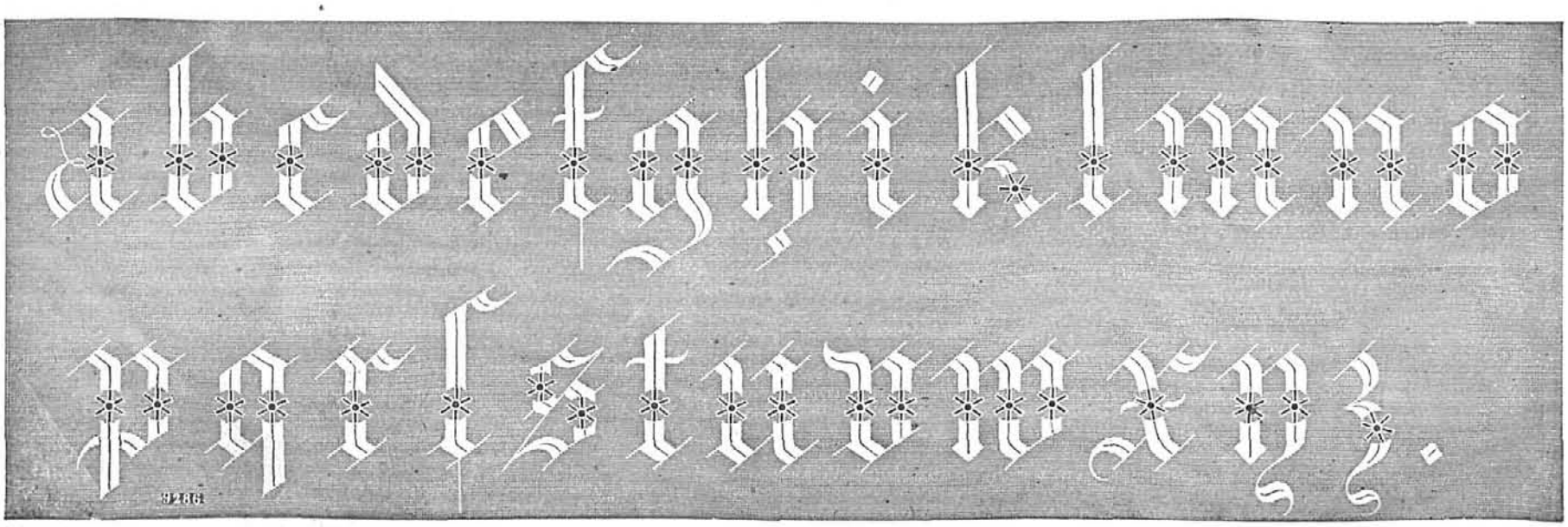
El conde dirigió una suspicaz mirada á la fachada del edificio, y sin duda la claridad que se escapaba de la ventana del oratorio hubo de sorprenderle. Entonces, sin darse cuenta de las ideas que cruzaron por su mente, dió órden á los criados de que le volviesen el caballo, pues habia olvidado



CANASTILLO DE CUENTAS, TAMAÑO REDUCIDO.



CANASTILLO NO ADORNADO TODAVIA DE CUENTAS.



ALFABETO MINUSCULO.

© Biblioteca Nacional de España

una urgente diligencia. Indecisos los interpelados se miraron como preguntándose si hasta allí llegaba su consigna.

Cogió Poniatouski con cierto despecho las riendas de su corcel. Pero en el acto dos robustos brazos paralizaron la celeridad de sus movimientos. Al querer pedir explicacion de aquella inusitada conducta, el conde se encontró frente á frente con el bailío, que le dijo con urbanidad:

—Señor conde, dispensad el brusco ademan de esos hombres, que llevan muy lejos la órden que se les ha intimado.

—Pero de qué se trata, caballero? con qué derecho...

—¡El señor Baron, continuó con calma el impasible magistrado, se halla acometido de un lijero accidente y desea que paseis á su presencia. Soy un amigo suyo y me ha suplicado saliese á vuestro encuentro.

Nada halló que contestar el conde á tan corteses palabras y siguió á su interlocutor al interior del castillo. Llegaron á una pieza aislada del edificio y al ver Poniatouski á varios hombres de extraña catadura agrupados á la puerta, volvióse hácia el bailío como pidiendo explicacion. Este miró con profunda expresion de entereza al conde mientras le decia:

—Caballero, hasta nuevas medidas permaneceréis aquí vigilado, mientras un tribunal competente os reclame; y os aconsejo no intenteis violencia alguna, que no serviria mas que para agravar vuestra situacion.

En vano intentó el conde prorumpir en amenazas sobre su atropellada dignidad. El bailío le intimó con política que entregase si llevaba algun arma, no dando lugar á que pusiesen la mano sobre su persona. Forzoso le fué entregar un afilado puñal español que llevaba en la cintura, en cuya hoja descubrió la indagadora mirada del bailío una N. y una P.

(*Se continuará.*)

ANGELA MAZZINI.

LAS HIJAS DE LA MAR.

A DON ANTONIO DE TRUEBA.

Hallábame descansando sobre una peña del sitio llamado *la Magdalena*, despues de haber dado mi paseo por *el alta* y por el arenal del *Sardinero*, volviendo la vista unas veces á las siempre verdes praderas que hermosean los alrededores de la ciudad de Santander y otras hácia las imponentes soledades del Océano.

Pensando me hallaba en que de mis propios pensamientos jamás he podido darme cuenta delante del inmenso y oscilante espejo de las aguas marinas, revueltas y amenazadoras las mas veces, nunca tranquilas y en las que los filósofos han querido encontrar reflejadas las pasiones del corazon humano.

Yo admiraba en aquel instante, mas que en otros el genio de nuestro Quintana, que le tuvo bastante fuerte para empezar imponiendo silencio al Océano, al dirijirle su acento poderoso. Figurábaseme, sin embargo que Quintana, con su geniazo y todo, debia hallarse entonces mas cerca del modestísimo Manzanares, que del soberbio elemento que apostrofaba. Y asi seria, sin duda, y tómese en cuenta si me equivoco; porque yo creo que ante la mar tanto piensa y siente el hombre que, á pesar suyo, enmudece y se olvida del intérprete de sus ideas y sentimientos.

Mudo, absorto, olvidado de mi mismo quedé por fin en la peña de *la Magdalena*, perdida la vista en el horizonte sereno, asordado por los discordantes y monótonos murmullos, sin notar que la mar subia, subia lamiendo el arenal y llegando ya á batir mi asiento, no tan elevado que pudiese yo estar libre de las húmedas caricias de las olas. Con grande empeño se acercaban á mí estas señoritas, dándome en el rostro con sus gasas de blanca espuma, como si algo tuvieran que decirme, y bajaban luego, arrastrándose hirvientes de coraje, mascando arena y murmurando no sé qué, para volver y revolver á la carga, impulsados por la voz lejana de su vieja madre, la mar gruñona.

—Chaf! chiff!—dijo por fin una ola morrocotuda, estrellándose con furia contra la peña. Y encaramándose de un salto, como quien está acostumbrado á darlos, me pegó la muy tal con espumosa mano una bofetada, de la que no pude darme por resentido aunque lo sentia, por aquello de que *manos blancas no ofenden*.

—Eh! señor Bustillo!... — continuó chisporroteando,—¿tiene V. la bondad de oir dos palabras?...

—Con mucho gusto, contesté: lo pide V. con tan buenos modos!

—Y ¿qué remedio teniamos, si vá ya media hora que le estamos llamando y se hace V. el sordo? fué preciso mojarle la oreja.

—Vaya! pues ya oigo. ¿Qué tenia V. que decirme?

—Voy allá. Déjeme V. tomar aliento, que traemos un viagecillo bastante largo. Venimos del cabo de Machichaco.

—Y ¿qué hay de nuevo por Vizcaya?

—Venimos precisamente á buscar á V. y las malas nuevas que traemos no dejarán de causarle sorpresa, asi como la súplica que hemos de hacerle, si la marea nos dá lugar, que sí dará, por la cuenta que hemos venido haciendo por el camino.—Sabrá V. señor Bustillo, que su particular y buen amigo D. Antonio de Trueba, honradote, si los hay, vivia en Bilbao en paz y en gracia de Dios, muy querido de todo el mundo y no menos respetado que querido. Allí todos se hacen lenguas para bendecirle y alabarle, y alabar y bendecir sus obras, quiero decir, sus escritos, porque en ellos canta y enaltece lo bueno, lo bello y lo santo, sin murmurar de nadie, antes bien honrando á todos, pues hasta el valle Ibaizabal ya no cabe en sí de ancho porque el tal D. Antonio le ha echado algunas florecillas sobre las muchas que Dios le dió; y los rios que el valle atraviesan corriendo vienen á todo correr, los muy charlatanes, por meterse entre nosotras y contarnos con la sal que nos quitan lo que al paso suele contarles el señor Ibaizabal. En fin, nosotras teniamos formada una excelente idea de Trueba y, aquí

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de gasa de Chamberi blanca, con lunares encarnados. — Lo bajo de la enagua se guarnece con un volante de tafetan blanco, sobre el que corre una tira del mismo tafetan formando puntas, y adornada por cada lado con gruesos rulós de tafetan encarnado; el borde inferior de estas puntas se guarnece con un encage estrecho blanco; esta tira sube hasta el talle estrechándose. La bertá del corpiño escotada, y las mangas cortas.

Vestido de casa.— Enagua de cachemira verde; chaleco Luis XIII, con faldetas largas, y chaqueta muy corta con mangas casi estrechas, todo ello de cachemira igual á la enagua, con bordados de felpilla verde, de color mas oscuro que la cachemira, y fleco de felpilla verde.

Niño de 7 años.—Pantalones cortos y anchos, atados debajo de la rodilla; chaqueta redondeada por abajo. El vestido es de popelina gris de hierro, con rulós de tafetan gris de color mas claro que el de la popelina. Sombrero de bordes enroscados, de fieltro negro con pluma encarnada de gallo.

© Biblioteca Nacional de España

en confianza, como somos un poco vanidosillas, no dejábamos de esperar nuestra dedadita de miel del bondadoso cantor vizcaino, que no debia tenernos en menos que al dichoso Ibaizabal esas olillas de agua dulce que nos manda todos los dias, como si nosotras fuésemos niñas de las que se cubohan con dulces.

Pero quién le dice á V. que de la noche á la mañana, sin encomendarse á Dios y muy tentado por el diablo, que nunca ha de dejar en paz á los buenos, se planta el amigote de V. sobre un peñon del cabo, frente al cual vivimos honradamente, subiendo y bajando, es decir, trabajando, como Dios manda; y armado de lápiz y de unas cuantas cuartillas de papel, aquel que por su delicadeza y por su respeto y amor á la familia, no ha recibido en el mundo mas que bendiciones, púsose á escribir un artículo titulado *La mar*, en el que se empeñó en decir las mayores perrerías de nuestra anciana madre y, por lo tanto, de nosotras; y á fe que no hay por donde cojernos en el tal articulito, que esa era la dedadita de miel que nos tenia guardada el cantor y cronista vizcaino.

Pero ¿qué diablos de bilis tendria atravesada don Antonio, para tratarnos de esa manera? *Arrojarse á la mar*, así, de golpe y porrazo... ¡mire V. que es mucha osadía! Y ¡qué ha de hacer nuestra pobre madre mas que enfadarse y ponerse furiosa con tales atropellos é insultos! Y todavía habrá quien extrañe que la mar esté picada!...

—¡Vaya, vaya! cálmense Vdes!—dije yo entonces,—que todo se arreglará.

—Sí; como lo de Caparrota. Pero, hombre de Dios! ¿cómo se ha de arreglar, si las cuartillas escritas con lápiz sobre el peñon del cabo, pasaron á otras escritas con pluma, y estas á la imprenta de un periódico que las dió á luz en su folletin, siendo luego tomadas para los folletines de otros y otros periódicos y leidas por miles de suscritores? Pues, digo! poquita aficion hay en España á leer los escritos del Sr. D. Antonio! Y lo peor es que el articulito de nuestras alabanzas, llegará á ser muy pronto uno de los *Capítulos de un libro* que, hablando con justicia, aunque agraviadas estamos, será digno de leerse por muchas razones; y ahí nos tiene Vd. otras mil y mil veces en el banco de la paciencia y con la coroza por montera, porque tendremos que sufrir hasta el ver traducidos nuestros agravios á varios idiomas, con lo cual se lavará el autor en agua de rosas, mientras nosotras mascaremos de coraje la sal de nuestras aguas.—Pero ¡calla! me ocurre una idea! Si pudiéramos lograr una real órden en que se prohibiese la lectura del articulito titulado *La mar*!

—Calle usted, inocente! ¿No sabe V. que, desde Adan acá, la privacion es causa del apetito? De ese modo, tendria V. infinitos lectores *de prohibicion real* y conspiraria V. contra su propia causa; que acaso, y sin acaso, la real órden haria mas milagros que el mismo mérito y la misma fama de Trueba, que es cuanto hay que decir. Prohibir es fácil; pero trabajar con prohibiciones para que una cosa deje de hacerse, desengáñese V., eso es *echar lanzas en la mar*.

—Pues, mire usted, no dejan de convencerme esas razones. Pero el caso es que hay que calmar de alguna manera á nuestra señora madre, que, con estas cosas, está, como V. vé, insufrible, furiosa, atacada de los nervios, con convulsiones; y nosotras somos las que pagamos el pato, porque cada sacudida de rabia que ella pega allá dentro, es para nosotras un empellon, que nos pone en desórden, y nos hace hocicar y darnos de calabazadas contra las peñas. Y, francamente, tampoco nos gusta á nosotras esta música, que estamos, como don Antonio, por la calma, por la tranquilidad y la buena armonía.

—Y ¿qué quieren Vds. que yo les haga?...

—A eso vamos. ¿No podria V. hacernos el favor de dedicarnos un articulejo, defendiendo á madre y poniendo á don Antonio como ropa de pascua?

—Pero ¿cómo quieren Vds. que yo zurre á un amigo, y á un amigo tan bueno?... Además, que no deja de ser verdad cuanto dice de la madre de ustedes el señor Trueba.

—Es que hay verdades muy amargas y que no son para dichas y mucho menos para escritas. Y, sobre todo, hablar de nuestra madre es *hablar de la mar*; lo que, para nuestro objeto, significa que hay mucho que decir en el asunto, y el señor Trueba no se propuso decir mas que lo malo. Pues qué, ¿así se trata de lo que es inmenso en cuatro cuartillas de papel? Eso, como V. comprende es querer *meter la mar en un pozo*.

—Bien; pero no creo yo que estén Vds. tan ciegas que no conozcan los defectos de la familia. Porque la verdad es que tienen Vds. faltas y pecados graves de que acusarse, pues la mar suele jugar á los hombres partidas bastante serranas, y siempre que nuestras madres ven embarcarse á sus hijos, alzan al cielo sus ojos llenos de lágrimas y rezan y bendicen el agua de Vds. entre sus oraciones; y no dejarán Vds. de confesar que *algo tendrá el agua cuando la bendicen*.

—Sí, señor; si nosotras confesamos todo eso! Pero tambien confesará V., por muy amigote que sea de don Antonio, que es una crueldad y una cobardía venir con todo ese aparato literario y *hecho un brazo de mar* contra nosotras, que no sabemos escribir; que á fe que si supiéramos, habiamos de volver la tortilla del revés, diciendo en vascuence y en castellano limpio todo lo bueno que tenemos, porque *estamos en un mundo tan miserable que si yo no me alabo*... Y yo le aseguro á V. que entonces habiamos de escribir contra el señor don Antonio con toda la amargura de que somos capaces, preguntándole lo primero quién es él para venir á echar la mar por tierra?...—Con que, vamos, sea V. condescendiente y defienda á nuestra madre ante el público, aunque sea sin zurrar á don Antonio.

—Pero ¿ustedes creen que el público oiria lo que yo le contase, con el agrado y el placer con que oye cuanto le cuenta Trueba?...

—Si lo dice V. por su falta de gracia, no se apure V... que nosotras se la prestaremos, que por algo nos dió Dios la sal; y si lo dice V. por su sobra de miedo, ¡qué diablos! valor! que *quien no se aventura no pasa la mar*.

—Y ¿qué voy yo á decir al público de la mar?

—Ya se le ocurriria á V. algo, si no fuese V. tan ingrato á nuestros favores: que la vista que V. tiene, aunque corta, y la robustez de que disfruta, *á la mar* se las debe, que se las dió á V. en aquellos hermosos baños que, siendo V. niño y enfermo, le mandaron tomar los médicos. Y en verdad, en verdad, que si el Sr. D. Antonio necesitase los bañitos de ola para su salud ó para conservar esa hermosa vista de que blasona, ya nos trataria con mas consideracion y se cariñaria con *la mar* mas bien que con los cinifes que le pican, y aun mejor que con los pájaros que le dan música y el arroyo que le dá murmullos, y hasta mejor que con las personas que trata y la casa que habita; que, sin salud, no hay música que regale el oido, ni arroyos que distraigan, ni personas de amable trato, ni casa que no se venga encima.

—Lo que es en eso tiene Vd. razon.

—Pues es claro que la tengo! Y ¿por qué ha de citar el señor Trueba los mancebos que la mar se traga y las pobres madres que los lloran, y no ha de tener ni una palabra para los hijos que recobraron la salud solo con respirar los aires del mar, y para las madres que, con lágrimas de gozo, los ven volver á la vida?

Y luego, tambien podia V. hacerse cargo en su artículo de esas comparaciones con los rios y con la tierra, que hace don Antonio, y que esto es lo que mas le carga á madre, porque es lo que mas hiere su amor propio. Allí no dice nada de las materias salitrosas que nosotras arrojamos á la orilla para que el labrador las recoja y las apile y haga ese rico abono con que dá á sus tierras la vida y la gracia que sus tierras no tienen, logrando así las pingües cosechas que van á llenar su granero. Tampoco dice nada de los excesos terribles de sus decantados rios que, cuando les dá por salirse de madre, que es como si dijéramos, *salirse de sus casillas*, arrastran y se llevan los puentes y los molinos y las casas, produciendo esas inundaciones devastadoras que destruyen en un instante lo que tantos afanes y sudores ha costado al hombre y que hacen perecer de hambre y desesperacion á innumerables familias. Ante esos cuadros ¿qué significan las plantas que dice don Antonio son fertilizadas por las evaporaciones fluviales? Y ya que tiene valor para venirse *asi echando planta* yo diria al señor de Trueba:

«Venga V. acá, hombre de Dios! Si todas esas habilidades, y otras que me callo, hacen los señores rios hoy, que pueden venir corridos y avergonzados y hasta manchados con el lodo de sus culpas á refugiarse en el ancho y maternal seno de *la mar*, ¿qué no harian el dia en que nosotras les cerrásemos las puertas de casa y tuviesen que seguir vagos y desalmados por la tierra teatro de sus desafueros?

Pues ¡no digo nada de la señora *madre tierra*, como ustedes la llaman!... Por lo que dice don Antonio, cualquiera creeria que están ustedes ahí como en una balsa de aceite. Pensará que no se sabe todo en este mundo, aunque él lo calla, y que, entre otras muchas cosas graves, no ha llegado á nuestros oidos lo del terremoto de Manila, en cuyas ruinas quedaron sepultados tantos infelices, que luego al descubrirse aplastados y desechos, no podian ser conocidos ni aun por la madre que los parió. Las víctimas que allí hubo no tienen cuento y son innumerables los desgraciados que han quedado sumidos en la miseria, que apenas alcanzarán á remediar esos millones que, en nombre de Vds., les envia la caridad bendita de Dios.

Y ¿qué nos dirá don Antonio de esos terrenos que se corren y se caen, descarrilando trenes, de esos puentes que se hunden, de esos temblores de tierra que ponen espanto y obligan á emigrar, de esas montañas que se derrumban, improvisando abismos, de cuyo insondable y negro fondo no hay quien saque al incauto y perdido caminante?—Al menos nuestra pobre madre tiende siempre á empujar hácia nosotras los cuerpos que se hunden en su seno y algunas veces, á fuerza de fuerzas, logramos sacar á la orilla los cadáveres, para que sobre ellos recen las familias desoladas y los depositen en el recinto de los que duermen en paz.

¡Por el castillo de San Martin, que ahí cerca tiene usted! Haga usted el favor de no olvidarse en su artículo de aquel bilbaino Martin de Olarte que nos cita don Antonio y que dice que se moria de tristeza en las soledades del mar y que solo pudo consolarle la Virgen de Begoña, permitiéndole oir allá muy lejos el sonido de las campanas de su santuario, que era para Olarte una dulce y fortificadora armonía de la pátria.

—Y ¿por qué cree V. que viene á cuento el acordarse de aquel triste navegante?

—Pero ¡santo varon! ¿no conoce V. desde luego que aquel D. Martin debia tener muy cerca de la iglesia de la Virgen una casita, donde vivirian sus padres, su mujer, sus hijos, esos pedazos del alma que ligan á Vds. á la tierra, y que son los que, con sus amores, constituyen la pátria?... Pero el infeliz huérfano que sufre su abandono, desheredado del amor de la familia, sin un amigo en la tierra, de la que parece que le arroja la misma facilidad que contempla en otros hombres y ante la cual todavía es mas grande su desventura; ese, que tanto llora, no puede vivir donde tantos rien; ese no tiene pátria en la tierra y la busca en las tristes, solemnes y melancólicas soledades del mar. Sobre nosotras han pasado, gimiendo las quillas, las naves de muchos corazones que huian de la tierra, y que, mezclando sus suspiros con los susspiros de las brisas marinas y sus acentos con sus eternos murmullos, encontraban consuelo, aprendiendo las oraciones que no pudo enseñarles una madre, fortaleciendo su fe ante la majestad de nuestro gracioso elemento; y así, levantados por la naturaleza hasta Dios, han esperado en Aquel, á cuyo lado no hay huérfanos, y han oido las sublimes y santas armonías de la verdadera pátria.

—¿Sabe V. qué me ocurre, despues de haber oido ese discursito, que si como curan Vds. el cuerpo con esa sal y esa gracia que tienen, curasen el alma con la virtud de sus ideas, habia de traer á tomar los baños de mar á mas de cuatro enfermos sin apresion que yo conozco?...

—Pues ya que está V. tan conforme con nuestras ideas, vaya V. corriendo á su casa, que ya es algo tarde y, como casado, es V. un hombre lleno de obligaciones; y no olvide V. la que ha contraido de escribir ese articulito, que nosotras, ahora que nos ayuda la marea, nos volvemos, descuidadas en su palabra, á nuestro cabo de Machichaco.

—Vayan con Dios á su cabo, que yo voy atando los que Vds. me dejan sueltos, para formar el artículo.

—Ah! ya me olvidaba!... Procure V. concluir, de cualquier modo, haciendo amigo nuestro á D. Antonio; que ya que no en su libro de los *Capítulos*, en otro tan bueno y mejor, si cabe, puede ser que nos dedique aquella dedadita de miel, que no todas han de ser para el dichoso Ibaizabal. Dígale V. que, aunque gruña y nos zurre madre, lo que es por nosotras *las olas*, no hay inconveniente en que *echemos pellitos á la mar*.

EDUARDO BUSTILLOS.

A OSCURAS.

I.

Cri, cri, cri, cantan los grillos,
rra, rra, rra, cantan las ranas,
qui-qui-riqui, canta el gallo;
mas ¿qué dicen cuando cantan?
Dicen: «Bien haya la noche,
porque goza uno á sus anchas
sin que importunos le estorben,
ni zumbones le den vaya!»
Así digo yo, morena,
cuando á mi ladito te hallas,
que la luz de los candiles,
ni la luz de la mañana
donde tus ojos están
no hacen maldita la falta;
pues para alumbrarme á mí
la luz de tus ojos basta.

II.

Estáte bajo esas nubes;
estáte, luna, y no salgas
que me encuentro bien á oscuras
con mi morena del alma.
Como estoy ciego de amores
la luz no me sirve nada;
como estoy ciego no veo,
pero el que está ciego, palpa.
Estáte bajo esas nubes,
estáte, luna, y no salgas,
que quiero descolorida
á mi morena del alma,
que en cuanto salgas tú, luna,
se me pondrá colorada,
que para alumbrarme á mí
la luz de sus ojos basta.

III.

¡Cuánto te quiero, morena!
¡Qué bien, qué bien se descansa
á oscuras sobre tu seno,
á oscuras sobre tu falda!
¡Qué buena vida en el Polo
con una buena muchacha,
porque allí medio año es noche
y el otro medio allá se anda!
Vámonos, morena, al Polo;
pero no, buena es España,
que allí las chicas son hielo
y aquí las chicas son áscuas;
aquí las chicas son pólvora,
aquí las chicas son llamas,
y para alumbrarle á uno
la luz de sus ojos basta.

IV.

Morenita de mis ojos,
ya empieza á alumbrar el alba,
ya cantan las avecillas
en esta fresca enramada;
ya el sacristan de la aldea
tan-tan, toca las campanas...
Alba, apaga tus antorchas,
aves, dejad las tonadas,
sacristan toca la queda
si de la torre no bajas...
Pero ay! morena, que sigue
alumbra que alumbra el alba,

© Biblioteca Nacional de España

canta que canta las aves,
y tan, tan, tan, las campanas!
Antes que el sol nos ofenda
vámonos, morena, á casa
y para alargar la noche
cerraremos la ventana,
que si no se vé, no importa,
que si no se vé, se palpa,
que para alumbrarme á mí
la luz de tus ojos basta.

ANTONIO DE TRUEBA.

LAS DOS PERLAS.

(Continuacion.)

Un ruido repentino hizo callar á la camarista: las ventanas se abrieron súbitamente; inundóse de luz toda la habitacion, y se dejó oir la voz del aya compasada y monótona como un reló.

—Acaban de dar las cuatro, dijo, y V. A. vá á vestirse para ir al cuarto de la reina.

Rita corrió las cortinas con una mano, y con la otra tenia empuñadas estrechamente las dos perlas. La infanta se quedó sentada en la cama, teniendo el pelo desordenado y los ojos preñados de lágrimas. Pusiéronla un faldellin de raso blanco y una especie de manto negro que la caia por detrás en forma de casulla; su larga cabellera fué encerrada dentro de una cófia de terciopelo, adornada con una magnífica pluma de garza real; una cadena de pedreria atada en derredor de su cuello, sostenia un precioso relicario que le caia sobre el pecho. Luego que las camaristas acabaron de vestirla, el aya la presentó los guantes, el abanico y el pañuelo, y al echarla despues la última ojeada, exclamó:

—¡Jesus Maria! V. A. no tiene pendientes!

—Me pondré mis dos ópalos.

—Esta mañana llevaba V. A. las perlas.

—Me las he quitado.

—Buscadlas, doña Serafina, dijo el aya á una dama que se puso á buscarlas inmediatamente en el tocador y en la cama.

Adelantóse la infanta con viveza.

—¡Basta! dijo, y sus miradas irritadas hicieron bajar la vista á todas las damas; ¡basta! ¿Soy yo acaso algun niño con andadores, cuyas acciones mas insignificantes se han de gobernar y dirijir de esta manera? ¿No he de poder siquiera elegir el aderezo que mas me guste?.... ¡Silencio, señora aya! Prohibo que se me vuelva á hablar de semejante cosa.

Apresuróse Rita á traer los ópalos; la infanta se los puso por sí misma, y dijo apretando la mano á su camarista favorita:

—Te dispenso de que me sigas al cuarto de la reina: vete á esperarme á la sala principal.

Abrieron la puerta, y salió la infanta acompañada de sus damas; Rita se acercó entonces al negro que vino á la sazon á tomar en sus brazos al perrito de aguas de la princesa, y le dijo rápidamente:

—Dentro de una hora entrarás en el gran salon.... tengo que darte algunas órdenes á ti solo.

La infanta atravesó lentamente la gran galeria que separaba sus habitaciones de las de la reina. Su porte tenia aquella tarde cierto aire de resolucion, y en su cara estaba pintada una profunda tristeza que llamó la atencion de todos. Luego que llegó á la puerta del gabinete de la reina mandó alejarse á sus damas, y se quedó sola mirando á la camarera mayor que estaba de pié en frente de la puerta entreabierta del gabinete. Desde allí se podia ver y oir todo lo que pasaba dentro.

La reina estaba sentada junto á una mesa revolviendo distraida con las manos un monton de cartas y papeles, sus sombrias y mezquinas facciones estaban como sepultadas en las espaciosas guarniciones de su toca; por lo demás llevaba el luto riguroso que imponia la etiqueta por toda su vida á las viudas de los reyes de España. Don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV y de la Calderona, y legitimado despues por dicho rey, estaba de pié al lado de la reina. Era este el hombre que ella mas aborrecia y temia á la par en el mundo; habia ofendido su orgullo y su amor de esposa, el testamento del difunto rey le daba á pesar suyo asiento en el consejo, y se habia declarado abiertamente contra el padre Nitardho.

Don Juan estaba al frente de un partido poderoso que habia resuelto echar abajo la influencia extranjera y despedir al confesor de la reina, y así es que tenia mucha popularidad. Su buen semblante le habia hecho querer de los madrileños, pues no tenia la endeble complexion y cara enfermiza de los últimos príncipes de la casa de Austria: era hermoso y moreno como su madre, y aquella sangre degenerada se habia reanimado en su persona. Comparábale involuntariamente la reina con los hijos habidos de su matrimonio con el difunto rey, y admirábase que tan noble troneo hubiese producido vástagos tan miserables.

Don Juan habia solicitado por mucho tiempo aquella audiencia que tanto temia la regente; las primeras palabras fueron de ámbas partes políticas y comedidas; pero tratábase de intereses demasiado encontrados, habia entre ámbos enemistades demasiado fuertes, y por parte del primero pretensiones demasiado ambiciosas para que la plática se pasase únicamente en decir palabras inútiles. Don Juan planteó llanamente la cuestion y pidió la caida del padre Nitardho en nombre del consejo, de la grandeza y del pueblo.

—Mire V. M. lo que hace, dijo á la reina, porque se menoscabará su autoridad si se empeña en conservar á los extranjeros en el gobierno del Estado; el emperador Cárlos V, de gloriosa memoria, no cometió mas que esta falta, y le acarreó muchos años de discordias intestinas. En España solo se quieren españoles. Así pues, vuélvase el buen padre á Alemania, y su marcha apaciguará esta córte donde no tiene mas que enemigos.

—Enemigos! interrumpió la reina; hasta aquí solo se habia declarado uno, y ese érais vos...

—He llevado la palabra en nombre de todos delante de V. M., y nadie me desmentirá: Castrillo, Loyola, Peñaranda, Oropesa, todos los grandes del consejo piden el destierro del padre Nitardho; mas diré á V. M., lo exigen...

—¡Que lo exigen! interrumpió la reina procurando en vano encubrir su cólera y sus recelos bajo el velo de una fria altaneria. ¿Que lo exigen, me decis?... ¿Y es á mi, á la reina regente, á quien se atreven á hablar de ese modo? El consejo de Castilla traspasa sus prerogativas, y llega hasta la insolencia y la rebelion...

—No permita Dios tal cosa, señora. Es tanto el respeto que tiene á las resoluciones de V. M., que si se empeña en su propósito, los señores consejeros harán renuncia de sus cargos, y dejarán solo al padre Nitardho al frente del gobierno.

Esta amenaza atemorizó á la reina, aunque ya la habia presentido al ver el tono arrogante que los individuos del consejo tomaban con su confesor. Al través de su rostro impasible dejábase traslucir un profundo despecho. Arrugó el papel que tenia en las manos, y dijo despues de un momento de silencio:

—Ellos se han explicado por vuestro conducto, y quieren que escoja entre mi confesor y el consejo de Castilla; ¿no es verdad? Está bien: ahora me toca hablar á mi, y digo que si me veo obligada á separarme del hombre en quien tengo puesta mi confianza, de aquel cuyos consejos me sostienen en las amargas penas de mi grandeza, abdicaré mi título de regente y me retiraré á Alemania.

—Vuestra Magestad no debe haber pensado mucho en este proyecto, replicó Don Juan, en quien hizo poca impresion aquella amenaza; V. M. se olvida de que las reinas viudas no salen de España: si la estancia de la córte, si la direccion de los negocios les parece carga demasiado pesada, abierto tienen un retiro donde esconderse del mundo; para esto se fundó el convento de las Descalzas reales.

Levantóse entonces la reina: su cara, comunmente tan pálida, se habia animado en aquel momento, y dijo secamente:

—Pensaré en ello... No tardará el consejo en saber mi resolucion, y vos tambien la sabreis, gran prior de Malta... Hemos concluido.

Pero Don Juan no era hombre capaz de callar lo que tenia que decir, y así en vez de despedirse de la reina, la replicó afectando un tono respetuoso:

—Cualquiera que sea la voluntad de V. M.., me hallará siempre obediente. He hablado en nombre del consejo, y suplico á V. M. crea que no me anima ninguna enemistad personal contra el padre Nitardho. Yo solo me quejo de su elevacion y de sus manejos para destruir una alianza que toda la España desea ver realizada. Sé todo lo que ha trabajado para romper el casamiento de la infanta...

—¡Eso es una calumnia atroz! interrumpió la reina; todos los dias me está instando el padre Nitardho á que cumpla las promesas que tengo hechas al emperador.

—Y entonces ¿porqué ha rodeado á la princesa de personas que solo la hablan de la quebrantada salud del rey? ¿Porqué la ha dado por profesor de lengua alemana á ese Blomberg, pariente suyo, que ha osado hablar á S. A. de los derechos que le confiere el testamento del difunto rey en perjuicio de su hermana mayor?...

Luego que hubo dicho estas palabras, se oyó un ligero ruido en la galeria, y levantando Don Juan los ojos vió á diez pasos delante de él la infanta, la cual se adelantó y llegó á prosternarse á los piés de la reina, que se apresuró á levantarla.

—Señora, dijo besándola las manos, ¡que no dependa de mi el que se os dé nunca ningun disgusto!...

Volviéndose despues hácia Don Juan, le lanzó una mirada con la que parecia desafiarle.

Entonces añadió este sin alterarse:

—Su Alteza no debe hacer ningun caso de todas estas intrigas: sabe muy bien que no es en España donde tiene reservada la corona; el rey ¡guárdele Dios dilatados años! reinará mucho tiempo todavía...

Don Juan no habia acabado aun estas palabras, cuando llegó un gentilhombre de cámara, pálido el rostro y enteramente turbado, que habló á la camarista mayor, la cual entró inmediatamente en el cuarto de la reina. El rey acababa de ser acometido de una convulsion entre los brazos de su aya, la marquesa de los Velez.

Miráronse recíprocamente á esta noticia Don Juan y la infanta: ámbos á dos habian perdido el color. La reina exclamó:

—Jesus! Salvador mio! ¿Será esta la última cruz? ¡Vos estais probando mi paciencia, Dios mio; pero hágase vuestra voluntad!...

Y cayó rendida sobre un canapé, Don Juan se inclinó delante de la infanta, y le dijo con voz alterada:

—Dios proteje á la España y nos conservará al rey... Si su voluntad le llamase á sí, la grandeza y el consejo de Castilla probarán á V. A. lo pronto que están á sacrificarse por el bien del Estado.

—La grandeza, *sí*, es fiel y leal, interrumpió la infanta; ¡pero el consejo!... sus pretensiones son una injuria hecha á la majestad real, y vos habeis estado no poco atrevido en erigiros en órgano suyo... ¡No repliqueis, Don Juan! Considerad delante de quién estais hablando, y acordaos de que tal vez es llegado el momento en que tendrán que obedecerme.

En la actitud y amenaza de aquella jóven acababa de revelarse la sangre de Felipe II. Su frente sosegada y altanera, lo sombrías y alteradas que se pusieron las niñas de sus ojos, recordaban las facciones de su bisabuelo. Don Juan bajó los ojos á estas palabras; pero aquel movimiento de temor pasó rápidamente como el súbito encarnado que apareció en su frente.

—¡Imprudente! dijo entre sí, me has amenazado en tono demasiado elevado.

Y saludando con arrogancia, salió con direccion á las habitaciones del rey.

A media noche nadie dormia todavía en palacio, pues el rey estaba en la agonía. Esta fatal nueva no se habia aun traslucido fuera del regio alcázar; pero las personas allegadas á la córte estaban inquietas con un acontecimiento que hubiera turbado la paz de toda Europa y cambiado el órden de sucesion en España.

La infanta velaba en su alcoba. No fué posible resolverla á que se acostase; de cuarto en cuarto de hora enviaba á saber noticias del estado del rey. Sentada delante de su reclinatorio, apoyaba su cabeza en la espalda de la camarista que estaba de rodillas á su lado; á poca distancia habia dos damas hablando en voz baja. Un gran número de bugías alumbraban profusamente la habitacion que parecia una capilla ardiente, y sus movibles resplandores parecian dar vida á aquellas pálidas figuras de santos que adornaban el cielo raso. Por entre las ventanas medio abiertas entraba el perfume de los jardines: fuera reinaba un profundo silencio, y hacia mucho tiempo que el atento oido de la camarista no oia mas que el ruido del viento y el lejano murmullo de las fuentes.

De repente el dogo que dormia á los piés de la infanta erizó sus largas sedas, y saliendo al balcon empezó á ladrar con gran furia. En el mismo instante pareció que pasaba un sombrero de hombre delante de las persianas medio abiertas, como si fuese una aparicion:

—¿Qué eso? ¿Quién va ahí? dijo asustada una de las damas.

—Nadie; no hay nadie absolutamente, respondió la camarista yendo al balcon.

El rostro de la infanta se habia cubierto de una palidez repentina.

—¿Estás loca con tus visiones, Serafina? dijo con voz muy alterada; me has causado un miedo...

—Sosiéguese V. A., dijo la otra dama sonriéndose; si hubiera por aquí algun fantasma, Don Juan daria buena cuenta de él: míradle allí que sale del cuarto del rey.

Entonces la infanta que se habia levantado vió la luz de las antorchas, y oyó el ruido de los pasos; en seguida, y al cabo de diez minutos, llegó á sus oidos una especie de queja lejana. Rita dejó el balcon y entró en el cuarto temblando de piés á cabeza.

—¡Jesus Maria! dijo, ¡qué frio me ha dado en el balcon! Va á llover, y la noche está tan oscura, que no se ve á nadie á dos pasos de distancia...

—Rita, manda cerrar las ventanas, dijo la princesa cayendo de rodillas sobre uno de los almohadones que habia á los piés de su cama.

IV.

Cárlos II estuvo durante muchos dias entre la vida y la muerte, y cuando salió de esta agonía, entró en una larga y trabajosa convalecencia que hizo creer á todos que aquel frágil niño, vástago sin duda de la vejez del difunto rey, no llegaria nunca á ser hombre. Estuvieron pues muy lejos de apagarse las ambiciones que habia despertado su sucesion: el partido francés, que tenia por jefe á Don Juan de Austria, tenia puestas sus miras en la reina esposa de Luis XIV, y queria casar á la infanta en Alemania, con el objeto de que siendo esposa de un soberano extranjero, llegase á ser extranjera tambien para los españoles: á otra cosa aspiraba el partido aleman, aunque siguiendo el mismo camino, pues queria dar la infanta y la corona de España al emperador Leopoldo. En medio de este choque, entre tantos intereses encontrados, en medio de todos estos secretos manejos, el padre Nitardho, entregado ostensiblemente al partido aleman, trabajaba secretamente para romper esta alianza; la voluntad de la reina y la opinion claramente manifestada por el consejo, la habian obligado por necesidad á dar su consentimiento, pero contaba con la resistencia de la infanta. Cuando el peligro de su hermano la puso tan cerca del trono, habia esta suplicado efectivamente á la reina que rompiese las negociaciones del casamiento.

Esta declaracion habia puesto en conmocion á toda la corte, pues descontentaba igualmente á los dos partidos. Entonces el padre Nitardho, apoyado en la voluntad de la infanta, se declaró á su favor y se preparó á sostenerla con la reina, cuyas resoluciones dirigia á su arbitrio.

La enfermedad del rey habia puesto tregua á la oposicion del consejo, y el padre Nitardho no dejaba de sacar partido de esta especie de armisticio; pero su posicion fué muy embarazosa luego que desapareció el peligro del rey; los dos partidos se reunieron contra él, echáronle la culpa de la resistencia de la infanta, y solo esperaban un pretexto para precipitarle de la altura de su favor; los cortesanos estaban de acuerdo en aborrecerle, y solo la reina le sostenia contra todos.

© Biblioteca Nacional de España

Sin embargo, la infanta vivia sumergida en una triste languidez; ni los graves intereses que se discutian, ni la sorda lucha empeñada en derredor suyo, eran bastantes á distraerla de su abatimiento; dejábase conducir en los minuciosos deberes que la imponian la etiqueta con una docilidad y una indiferencia que nadie la habia conocido nunca: solo tenia gusto en hablar con Rita, y todos los dias se pasaba muchas horas haciendo oracion.

Tambien la camarista habia perdido repentinamente su anterior alegría, y en la tertulia de la reina estaba tan seria como la misma aya de la infanta; prestaba una atencion inquieta á todas las noticias que corrian por palacio; sus ojos turbados interrogaban muchas veces á la fisonomía mas reservada de la infanta, y parecia tranquilizarse al verla tan sosegada y satisfecha.

Estas dos jóvenes tenian entonces sobre sí el peso de un terrible secreto y las ansias de una incertidumbre que nadie podia penetrar. Desde aquella fatal noche que siguió al dia de las rogativas, el negro Perico habia desaparecido de palacio; y ¿quién podia decir como habria cumplido las órdenes que se le habian dado?

Don Juan de Austria no habia vuelto á su priorato de Consuegra; serviale de pretexto la enfermedad del rey para quedárse en la córte, donde se mantuvo con arrogancia contra todo el poder del padre Nitardho. La reina se vengaba de él tratándole públicamente con frialdad y altanería, y alguna vez provocándole con amargas palabras. A estos despechos femeninos oponia Don Juan una obstinacion impasible; nunca dejaba de asistir á la córte de la reina, y aparentaba no echar de ver que esta solo le veia en ella con una cólera mezclada de temor.

(*Se continuará.*)

DE LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS.

Mientras que los globos no se consideraron sino como un mero espectáculo, propio para divertir á un pueblo; mientras que solo iba á admirarse allí el valor del hombre, que montando una débil barquilla, se lanzaba á las regiones vedadas por la naturaleza á su organizacion, los globos cumplian con su objeto; pero desde el punto en que se comenzó á abusar de lo que ellos únicamente podian prestar; desde el instante en que todo aquello pareció poco para engrandecer la esfera de la actividad humana, entonces ya fué preciso investigar si era dable sacar de ellos mayores resultados, y si los obtenidos hasta allí eran bastantes á compensar los inmensos peligros, las terribles catástrofes que ocasionaban cada dia.

Nosotros nos proponemos por hoy enumerar algunas de estas, y otro dia tomaremos en cuenta lo que los globos nos han dado en cambio de ellas, así como lo que en el estado actual de la ciencia nos es permitido esperar de esa serie de investigaciones y de trabajos á que se entregan algunos, con el fin de realizar el dorado sueño de los siglos, la direccion de los globos y la seguridad de las personas que hubieran de viajar en ellos.

Principiamos, por tanto, haciendo la historia de sus desastres.

Madame Blanchard, viuda de un aereonauta, quiso ser tambien aereonauta ella misma, acaso con el deseo de restablecer su fortuna, gravemente comprometida por la muerte de su esposo. Despues de repetidas ascensiones, en las que tuvo la desgracia de perder el miedo de todo punto, ejecutó una en Nantes por los años de 1817; pero habiendo caido en medio de un pantano, y como se hubiese enredado su globo en las ramas de un árbol, hubiera indefectiblemente perecido aquella mujer á no haberse acudido en su socorro. Este fué ya un triste presagio del accidente que poco despues le costó la vida.

Dos años mas tarde, y para solemnizar una fiesta, Mad.me Blanchard se elevó de nuevo en Paris, llevando su paracaidas guarnecido de fuegos de Bengala. El lanza-fuego que llevaba en la mano incendió por acaso el gas del globo, y vióse con espanto surgir de él una columna de llamas. El aparato comenzó á descender sin gran velocidad; pero vino á caer sobre un tejado, por cuya pendiente resbaló la barquilla, la que al chocar despidió á la desgraciada, cuyo cráneo fué destrozado contra el pavimento de la calle.

El conde de Zambeccari, oficial de marina al servicio de España, y que despues de un largo cautiverio en Constantinopla logró su libertad por las reclamaciones de nuestro embajador cerca de aquel imperio, escribió en Bolonia un libro sobre la aereostacion, en el que pretendia demostrar que era posible dirigir un globo por medio de un aparato, cuyo principal agente consistia en una lámpara de espíritu de vino. En su primera ascension en Bolonia, el globo chocó contra un árbol, hízose pedazos la lámpara, el espíritu de vino se derramó ardiente sobre los vestidos del conde, y al descender, su cuerpo estaba cubierto de quemaduras.

Este mal éxito no le desalentó. En 1804 se decidió á una nueva ascension en Milan, á pesar del mal estado en que se encontraba su globo, y dos compatriotas suyos se ofrecieron á acompañarle en su peligrosa empresa. Despues de haber permanecido algun tiempo oscilando á la misma altura, el globo fué arrebatado rápidamente hácia las regiones superiores. El frio y la falta de alimento hicieron desfallecer á Zambeccari y á uno de sus compañeros, pero el otro pudo mantenerse en pié, y notando que el globo descendia, logró hacer volver en sí á los otros dos.

Eran las dos de la mañana; la luz de la linterna que llevaban se apagó por causa de la rarefaccion del aire, y los viajeros quedaron en la oscuridad mas profunda. El ruido de las olas les hizo sospechar que debian hallarse sobre el mar Adriático, y en efecto era así.

El sordo mugido de las aguas se escuchaba cada vez mas cercano, y por mas prisa que los aereonautas se dieron á arrojar lastre, pronto la barquilla se sumergió en el mar. Descargada que fué de cuanto ella contenia, el globo volvió á elevarse con rapidez á tal altura, que el frio no consentia á los hombres el menor movimiento. Al cabo de media hora el aparato volvió á caer en el mar.

Sin embargo, el globo conservaba aun bastante gas para no sumergirse del todo, y los infelices que lo montaban se vieron arrastrados por mucho tiempo á merced del viento y de las olas, hasta que un buque los recogió medio muertos, habiendo sido preciso amputar á Zambeccari tres dedos de una mano.

No bastó esto á que desistiese de su mania de viajar por los aires, y en una ascension que hizo en 1812, su globo se asió á un árbol, su lámpara incendió el gas, y el infeliz aereonauta vino al suelo destrozado entre los humeantes restos de su máquina.

Por complemento de la triste historia de las aereostaciones, enumeraremos en breves palabras las siguientes.

En 1824, Harris, despues de varias ascensiones anteriores, se propuso verificar una con un globo de su invencion, en el que habia introducido, á su parecer, notables mejoras. Esto tuvo lugar en Lóndres. Llegado que hubo á una considerable altura, quiso descender; pero la válvula era muy ancha y cerraba mal. El gas se escapó casi todo, y al caer, Harris perdió la vida por la violencia del choque. Lo mas notable del caso fué que una jóven, que acompañaba al aereonauta, solo recibió algunas leves heridas.

En el mismo año, Sadler, que se habia adquirido por su concepto de aereonauta intrépido una gran celebridad, pereció en Bolton (Inglaterra), á causa de haber tenido que arrojar, durante su larga ascencion, una gran parte de lastre. En su rápido descenso el globo vino á chocar contra una chimenea, siendo Sadler lanzado de su barquilla y arrojado al suelo.

Olivari, en 1802, tambien fué precipitado por haberse incendiado su globo en lo alto de los aires.

Mosment, otro aereonauta célebre, acostumbraba á hacer sus ascensiones sin barquilla, esto es, solo con los piés apoyados en una tabla que pendia del aparato. En esta forma se elevó en Lila por los años de 1806; pero á los diez minutos de su partida se le vió caer, continuando el globo su camino hasta perderse en los aires.

Otro globo inflamado ocasionó la muerte de Bittorf, acaecida en Alemania hace poco mas de medio siglo. Bittorf cayó hecho pedazos sobre un tejado.

Deschamps, en época mucho mas reciente (1853), vino al suelo sin vida, á causa de la ruptura de su globo, en una ascension que ejecutó en Nimes.

En 1850, el inglés Gale, hizo su última ascension en Burdeos. Al cabo de una hora descendió á alguna distancia de la ciudad; pero su globo conservaba aun bastante gas para tender á elevarse de nuevo. Acudióse en su socorro, mas en vano. El aparato se elevó de nuevo con rapidez, y al siguiente dia, á media legua de aquel sitio, se encontró el cadáver de Gale horriblemente mutilado, y con la cabeza devorada por las fieras.

Arban todos saben que no ha vuelto á parecer, y no ha sido este el solo aereonauta á quien tal accidente ha acontecido.

Y no se atribuyan tales catástrofes á la inexperiencia. La mayor parte de estas víctimas habian hecho ya cincuenta ó sesenta ascensiones, y algunas mas de ciento.

No vamos á sacar de aquí una consecuencia rigorosa contra las expediciones aéreas. Comparando el prodigioso número de las ejecutadas sin accidente con el de aquellas que han ocasionado desgracias, veremos que el riesgo no es tan grande como á primera vista puede aparecer. Sin embargo, la cuestion no ha de mirarse así en nuestro concepto, sino de este otro modo: ¿Qué ventajas han proporcionado hasta ahora á las ciencias las ascensiones aereostáticas? ¿Qué aplicaciones útiles se han sacado de ellas? ¿Qué probabilidad hay de que sean mas fructuosas un dia?

Esto es lo que nos proponemos discutir en otro artículo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

VESTIDO PARA COMUNION.—Trage de muselina. Lo bajo de la enagua está recortado en puntas redondeadas, orladas por un rizado estrecho de muselina, con un simple dobladillo; este rizado tiene centímetro y medio de ancho. Debajo de los festones de la enagua va un ancho bullon de muselina; corpiño blanco, alto, plegado; cinturon con tirantes, de tafetan blanco con limosnera; cófia de tul blanco, en forma de redecilla, con rizados de tul; gran velo de muselina, recortado á ondas, guarnecidas con un rizado de muselina igual al del trage; guantes blancos; mangas largas.

TRAGE DE MUÉ CRUDO.—La enagua se guarnece con un volante estrecho fruncido, que lleva por orla una tira al sesgo de tafetan escocés verde y azul; otra tira igual corre sobre el volante; un ancho pliegue del mismo trage sube por ámbos lados sobre el paño de delante, guarnecido por otra tira escocesa; en su centro van puestos botones de los colores de la tira ya dicha. Este pliegue llega hasta el corpiño, y forma tirantes; el interior de esta especie de delantal se adorna con series de dos tiras escocesas, iguales á las ya mencionadas; mangas estrechas, con la misma guarnicion. Sombrero de tafetan del color del trage, con cintas del color de la guarnicion; flores verdes y azules.

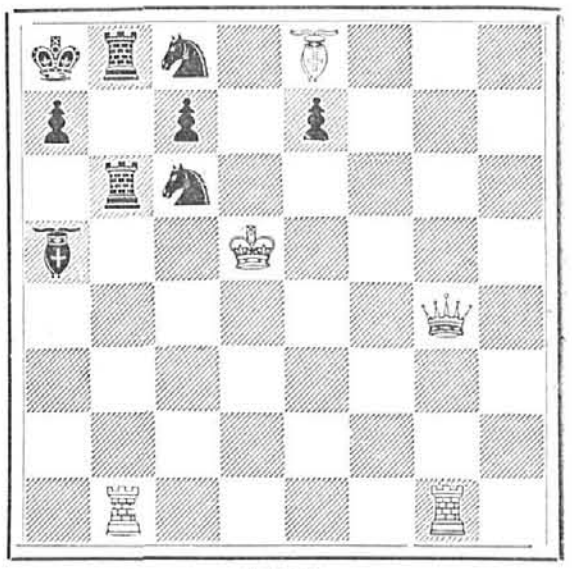
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 1.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª Cab. de 6.ª A.R. á 7.ª R.ª	Rey quita Cab. ó (A.
2.ª R. 2.ª R.ª	Rey juega.
3.ª Torre mate.	
(A) 1.ª	Rey 6.ª Reina.
2.ª Torre 2.ª Torre Rey.	Rey juega.
3.ª Torre mate.	

PROBLEMA N.º 2, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 5 jugadas.

Solucion de la charada del número 16.

APOTEOSIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56 Rue Jacob. Paris

nº 17.

© Biblioteca Nacional de España